

La esperanza en *Subida del Monte Carmelo* de san Juan de la Cruz. Una niña, una luz, atravesará las tinieblas

MARÍA DANIELA BILÓ REPETTO, OCDS
Universidad de la Mística
(Salamanca)

Recibido 17 de diciembre de 2017
Aceptado 15 de enero de 2018

RESUMEN: en esta reflexión se propone una relectura de la doctrina sobre la esperanza en *Subida del Monte Carmelo* sin perder de vista la totalidad de la obra sanjuanista. En diálogo con la teología actual de la esperanza y a la luz de los versos de Ch. Péguy, se intenta trazar *el camino teológico de la esperanza* y redescubrir la necesidad de purificar la memoria como el Santo propone. Se presenta, como criterio de verificación, la esperanza en el hermano que obra por la caridad.

PALABRAS CLAVE: esperanza, memoria, posesión, purificación, olvido, camino, deseo.

Hope in St. John of the Cross's Ascent to Mount Carmel. A child, a light, will penetrate the darkness.

SUMMARY: This reflection proposes a rereading of the teaching on hope contained in The Ascent to Mount Carmel, without losing sight of the work of St. John of the Cross taken as a whole. In dialogue with a contemporary theology of hope, and in the light of certain verses of Charles Peguy, an attempt is made to trace the theological way of hope and to rediscover the need to purify the memory, as St. John prescribes. The criterion of verification proposed is hope in one's brother/sister, who acts out of charity.

KEY WORDS: Hope, memory, possession, purification, forgetting, way, desire.

Introducción

La esperanza corre el riesgo de pasar desapercibida en el conjunto doctrinal de *Subida del Monte Carmelo*. Situada entre la fe y la caridad, en proporción, la exposición es muy breve. Y si nuestra mirada sólo se focaliza en el ejercicio de ‘desposesión’ al que se ve sometida la memoria, posiblemente quede en la sombra el dinamismo teologal más profundo que aquí se pone en marcha. Por el contrario, si miramos a la esperanza teniendo como trasfondo el conjunto de la obra sanjuanista, el lugar que ocupa en el proceso teologal de *Subida* queda realzado y se convierte en necesidad y urgencia para nosotros. Y si desde una pequeña porción del libro (3S 1-15) dialogamos con algunas notas fundamentales de la teología de la esperanza, comprendemos mejor el camino de humanización y divinización que se esconde bajo el vaciamiento y la desposesión, hasta poder decir, también de la esperanza: *joh noche amable más que la alborada!*... Si a ello le sumamos una mirada ‘desde la otra ladera’, esa mirada que nos regalan los sentidos versos de Charles Péguy, veremos cómo *la niña esperanza*, tan pequeña y aparentemente frágil, caminando de la mano de la fe y la caridad, es *guía y camino, noche de consumación y anticipo de gloria*. Estos serán los pasos que nos guiarán en la exposición¹.

1. LA ESPERANZA DE DIOS QUE SALVA AL MUNDO

A veces podemos sentir una gran distancia entre la comprensión racional de las verdades de fe y nuestra experiencia vital, la cotidianidad en que esas verdades se viven desde el corazón. Entonces llega el poeta, y con tres o cuatro de sus versos, nos devuelve a la unidad: lo

¹ Siglas específicas de referencia de las Obras de san Juan de la Cruz (SJC): CB (*Cántico Espiritual*. Segunda redacción); D (*Dichos de luz y amor*); Ep (*Epistolario*); LIB (*Llama de amor viva*. Segunda redacción); N (*Noche Oscura*); P (*Poesía*); S (*Subida del Monte Carmelo*). Todas las citas están tomadas de la quinta edición crítica de las *Obras Completas de San Juan de la Cruz*, con revisiones textuales, introducciones y notas al texto de J. V. RODRÍGUEZ, e introducciones y notas doctrinales de F. RUIZ SALVADOR, (Madrid: EDE, 1993).

eterno habita nuestra historia. Esa magia tienen los versos de Juan de la Cruz. Y también la poesía de Charles Pierre Péguy, ‘el poeta de la esperanza’ del siglo XX, que recuerda asombrado:

“Dios puso su esperanza en nosotros. Él comenzó. [...] Dios nos confió a su Hijo... Él ha hecho depender de nosotros a su Hijo, nuestra salvación y aun su esperanza misma, ¿y no vamos a poner nosotros nuestra esperanza en Él?”².

Ese es el fundamento de la esperanza cristiana: Él nos ha amado primero, Él ha creído en nosotros, nos ama y nos espera siempre, sin intermitencias, sin arrepentimiento³. Gracias a este desplazamiento, a esta inversión de la mirada hacia el primer ‘sujeto de la esperanza’, podemos confesar las mayores verdades de nuestra fe:

- La esperanza de Dios en nuestra historia se convirtió en ‘promesa’, y la promesa se hizo carne en Jesucristo. Él hace posible la esperanza humana.
- La esperanza de Dios en nuestro presente es su gracia, ‘gloria incoada’, salvación ‘en proceso’.
- Y la esperanza de Dios para nuestro futuro, es la salvación consumada, *la transfiguración por unión de amor en la gloria*.

“El Señor nos *primerea*”, dice el papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (nº 24). “Nos precede”, “se nos anticipa”, “nos aguarda, espera”⁴. Esta inversión de la mirada es esencial para poder releer a SJC con los ojos de la esperanza. Es el fundamento de todo el proceso. Por eso la esperanza impregna toda la doctrina sanjuanista como abraza la vida del hombre, ‘de eternidad a eternidad’: desde la entraña del misterio trinitario, donde comienza la historia de salvación (*Romances*), hasta la frontera de su consumación, a punto de rasgarse la tela del encuentro (*Llama*). En el entretiem po del hombre peregrino (*Noche-Cántico*), la esperanza es guía, sostén y osadía; memoria, búsqueda, vacío y llanto; compunción, juicio, purgatorio, infierno y

² CH. PÉGU Y, *Palabras cristianas*, (Salamanca: Sígueme, 1966), 59-60.

³ Cf. J. R. FLECHA ANDRÉS, *La esperanza*, (Madrid: CCS, 2013), 8-9. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, (Salamanca: Sígueme, 1995), 262 y 273.

⁴ Cf. PAPA FRANCISCO, *El nombre de Dios es misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, (Barcelona: Planeta, 2016), 24-25.

cielo; noche y día, camino y caminar. Toda una escatología interiorizada, anticipada. Y la esperanza no dejará de caminar hasta llegar:

“Por una extraña manera / mil vuelos pasé de un vuelo, / porque esperanza del cielo / tanto alcanza cuanto espera; / esperé solo este lance, / y en esperar no fui faltó, / pues fui tan alto, tan alto, / que le di a la caza alcance” (P 6,4).

Dentro, en medio de este paisaje cautivante y asombroso, ya iniciado el proceso espiritual, se alza la escarpada ladera del Monte Carmelo con su exigencia radical. Sanación y maduración teológica que muchas veces nos asusta, o miramos como doctrina y lenguaje de otros tiempos, tan distante de nuestra vida real. Nada más lejos de la realidad. Tenemos necesidad, urgencia de apropiarnos su enseñanza para ‘volver a nacer’, del Espíritu, transfigurados.

2. LA ESPERANZA EN SUBIDA III 1-15

En el conjunto de la obra *Subida del Monte Carmelo* la esperanza, como virtud, medio y camino hacia la unión, se desarrolla a lo largo de 15 capítulos. Tratamiento breve en proporción a los 32 capítulos que el Santo dedica a la fe, y los 31 dedicados a la caridad. Desde el comienzo nos ofrece dos claves de comprensión. La primera: se ha hecho mucho camino en la exposición teórica de la purificación del entendimiento por la fe. La segunda: si el ‘espiritual’ se empeña en educar teológicamente una de las potencias, de camino lo hace con las otras dos, “porque las operaciones de las unas dependen de las otras” (3S 1,1) y “todas las virtudes crecen en el ejercicio de una” (1S 12,5).

Recordemos brevemente el orden y desarrollo temático del bloque:

- Un capítulo (c. 1) dedicado a la ‘declaración de intenciones’ del autor y a la clasificación de las aprehensiones propias de la memoria.
- Trece capítulos (c. 2-14) dedicados al análisis de las tres categorías de noticias que ‘almacena’ la memoria: “naturales, sobrenaturales e imaginarias-espirituales” (3S 1,2), con descripción de los daños y provechos que comporta el negar o no dichas noticias.

- Un capítulo final (c. 15), programático y conclusivo, con criterios fundamentales para purificar la memoria de todas sus aprehensiones.

Todo el desarrollo se abre (3S 2,2-3) y se cierra (3S 15,1-2) con una síntesis que ayuda al lector a focalizar la atención en lo esencial: la unión con Dios ‘en esperanza perfecta’ (3S 1,1), la fuerza purificativa-unitiva de la esperanza para ‘ordenar’ la memoria, de modo que esta no impida el camino de la unión:

“...lo que pretendemos es que el alma se una con Dios según la memoria en esperanza, y que lo que se espera es de lo que no se posee, y que cuanto menos se posee de otras cosas, más capacidad hay y más habilidad para esperar lo que se espera y consiguientemente más esperanza, y que cuantas más cosas se poseen, menos capacidad y habilidad hay para esperar, y consiguientemente menos esperanza, y que, según esto, cuanto más el alma desaposionare la memoria de formas y cosas memorables que no son Dios, tanto más pondrá la memoria en Dios y más vacía la tendrá para esperar de él el lleno de su memoria” (3S 15,1)⁵.

3. MEMORIA EN ESPERANZA

Como sabemos (por ser uno de los temas más debatidos del siglo pasado), san Juan de la Cruz aborda con originalidad el dinamismo purificativo de la *esperanza* al vincular esta virtud a la *memoria* como potencia, asociándose a la tradición agustiniana de la ‘división tripartita del alma’, imagen de la Trinidad. Para algunos especialistas, se separara así de la doctrina común, fundada en el pensamiento de Tomás de Aquino, que agrupa potencias y virtudes en dos bloques: *fe-entendimiento-memoria* y *caridad-esperanza-voluntad*⁶. La nove-

⁵ La misma idea había anticipado en 3S 7,2 con referencia expresa al Apóstol: “porque toda posesión es contra esperanza, la cual, como dice san Pablo (Hb 11,1), es de lo que no se posee...”

⁶ Otros, por el contrario, afirman que se trata de una aparente separación y otros, finalmente más conciliadores, se declaran partidarios de una visión integradora, a un tiempo fiel a la tradición y a su vez innovadora y creativa. Para profundizar en esta cuestión, que ha sido tema obligado de discusión (controvertida y minuciosa) véase: EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, “La esperanza según san Juan de la Cruz”, en *Revista de Espiritualidad*, 1 (1941-42), 255-281; P. LAÍN ENTRALGO, *La espera y la esperanza. Historia y teoría del*

dad sanjuanista radica en desgajar la memoria del entendimiento y la esperanza de la voluntad, y hacer confluir memoria y esperanza en un tercer grupo, con perfil y dinamismo particular, que el Santo se detiene en describir iluminando un ámbito decisivo de la vida espiritual.

La función de la memoria en el proceso espiritual es decisiva. Por la memoria ‘revivimos’ el pasado y nos proyectamos al futuro. Las experiencias pasan, pero van penetrando la vida y configurando el ser a lo largo del tiempo, gracias a su capacidad de ‘revivencia’ y proyección. Sus posesiones están muy arraigadas porque atañen al *ser*. De lo que ella atesora se alimenta constantemente el entendimiento y la voluntad. El Santo ha descubierto la influencia determinante que tiene la memoria en las otras potencias y la necesidad de hacer con ella un camino de purificación ‘activa’, decidida, radical⁷.

Pero nosotros nos somos capaces de dominar completamente su mecanismo⁸. Nos estorba con sus recuerdos, a veces ideas fijas, expe-

esperar humano, (Madrid: Revista de Occidente, 1962, ed. 3), 118-123; A. BORD, *Mémoire et Espérance chez Jean de la Croix*, (Paris: Beauchesne, 1971); Íd. “Fantasía, memoria, esperanza”, en *San Juan de la Cruz*, 20 (1997), 301-308; E. WILHELMSEN, “La memoria como potencia del alma” en *Carmelus*, 37 (1990), 88-145. Puede verse también: J. C. GARRIDO, “Psicología del vivir en esperanza (según san Juan de la Cruz)”, en *Revista de Espiritualidad*, 28 (1969), 331-347; O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Memoria, misterio y mística en san Juan de la Cruz”, en *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, Pensamiento, III (1993), 429-553; J. D. GAITÁN, *Negación y plenitud en san Juan de la Cruz*, (Madrid: EDE, 1995), 263-271; M. DEL S. ROLLÁN ROLLÁN, *Éxtasis y purificación del deseo. Análisis psicológico-existencial de la noche en la obra de San Juan de la Cruz*, (Ávila: Institución ‘Gran Duque de Alba’, 1991), 107-117.

⁷ Cf. F. RUIZ SALVADOR, “Introducción al Libro de la Subida”, en *Obras completas de San Juan de la Cruz*, (Madrid: EDE, 1993), 165; A. BORD, “Fantasía, memoria, esperanza”, 306.

⁸ Hay que distinguir entre la fantasía y la memoria. La fantasía es un archivo-receptáculo del entendimiento, donde se almacenan formas e imágenes inteligibles, recibidas por los sentidos o de forma sobrenatural (cf. 2S 16,2). SJC especifica 5 sentidos corporales exteriores, y dos sentidos interiores: la imaginativa y la fantasía (cf. 2S 12,3 y CB 16,10). La fantasía es el ‘almacén’ de los recuerdos: “la memoria puede recogerlos y ofrecerlos al entendimiento que de ellos se abastece como en un mercado (2S 16,4). [...] Como los recuerdos se conservan en la fantasía, la memoria podrá vaciarse completamen-

riencias que han quedado marcadas a fuego y vuelven una y otra vez con sus imágenes, despertando o reavivando sentimientos, condicionando nuestras reacciones y nuestra manera de estar en el mundo. A veces los recuerdos son un estímulo positivo, pero otras veces paralizan, obstaculizan, detienen el caminar arrancándonos del presente, del ‘aquí y ahora’ en que se juega nuestra comunión con Dios y con los hermanos. Evidentemente el mal no está en los recuerdos que se almacenan en la fantasía, sino en el *acto de recordar*. Pero la noche activa (3S 1-15), es decir, los esfuerzos que la persona misma hace para vaciar y controlar esta potencia, no bastan, aunque sean necesarios como *disposición* para la unión⁹. Es imprescindible la acción directa de Dios, en la noche pasiva (2N), para arrancar de raíz la imperfección o mecanismo viciado (los malos hábitos) del acto de recordar.

Comparada con las otras dos potencias, la enfermedad de la memoria es más grave, y su purificación más dolorosa. Los estudios de A. Bord señalan con detalle y de forma comparativa cómo, cuando el Santo describe la pena del alma por la ausencia de Dios, para el entendimiento es *enfermedad* y *sed* infinitas, para la voluntad *sufriendo* y *hambre* infinitos, pero para la memoria es *muerte*, *disolución*, *aniquilamiento* infinito¹⁰. La pena de la memoria “recibe siempre el mismo nombre, la muerte [...]. Pero con la unión, la memoria regenerada obtiene el pie de gloria para el cual Dios le ha predestinado (CB 38,6)”¹¹.

De aquí la aclaración que ha anticipado en el libro segundo, al hablarnos del olvido en que queda sumida la memoria, en los comienzos de la unión, cuando embiste en ella la comunicación divina sobrenatural. Si el vacío de la memoria es *muerte*, y su regeneración es *gloria*, en el entretiem po, es ‘olvido’ (en su forma activa de ejercicio ascético y teológico de vaciamiento) y ‘sin tiempo’ (en su forma

te sin que, por tanto, los recuerdos se pierdan”, A. BORD, 303-304. Lo que hace la esperanza es vaciar la memoria para curarla de toda posesión y mecanismo enfermizo, y lanzarla directamente a Dios. El vaciamiento se hace de forma radical solo pasivamente, por obra de Dios, que a un tiempo purifica, sana, une y transfigura al alma.

⁹ Cf. 3S 2,13.

¹⁰ Cf. CB 2,6; 2N 7,2; LB 3,21-22.

¹¹ A. BORD, 306.

pasiva, como abstracción de todas las cosas). Porque la memoria, dice Juan, es “por donde el alma obraba en tiempo” (2S 14,11)¹².

Todo esto nos ayuda a comprender tanto el lenguaje conceptual como el dinamismo de la memoria en la psicología y espíritu humano. Pero más importante aún, es que la relación memoria-esperanza en la doctrina de Juan de la Cruz nos remite, por una parte, a la *temporalidad de la existencia*, por otra, al peligro de quedar fijados en el tiempo, varados en el camino, o proyectados hacia un mundo de fantasía. La memoria evoca, ‘recupera’ imágenes, experiencias pasadas, y las devuelve a la conciencia en el presente del hombre temporal e histórico. La memoria es la potencia mediante la cual el hombre experimenta y actúa en el tiempo, lo retiene o lo anticipa. Recuerda, representa, actualiza, revive el pasado. Y gracias a la conciencia siempre actualizada de nuestro ser ‘construido’ en el tiempo (finito, temporal, inacabado, inquieto), se lanza al futuro como posibilidad del ser.

De aquí la importancia del ‘modo de recordar’ de la memoria. Si esta va ‘al archivo’ de los recuerdos y con ellos alimenta el desaliento, el rencor, la tristeza, la ambición, la dispersión, la falsa seguridad... Y si este mecanismo se extiende en el tiempo y controla la mente y el corazón, es lógico deducir que ‘de una mala gestión de los recuerdos’, sobrevenga una mala gestión del *camino* y del *caminar*. Un camino temporal que, para Juan de la Cruz, consiste en alcanzar la unión y transformación de amor en Dios, por el camino más corto, seguro y rápido posible.

Sólo la esperanza teológica libera el funcionamiento errático de la memoria y convierte la inquietud existencial del hombre peregrino en apertura al futuro y tensión de plenitud¹³. Realización suprema que se encuentran más allá de esta vida, en el futuro de Dios. Por eso la esperanza es la virtud del caminante: “Soy forastero en la tierra, no me ocultes tus promesas” (Sal 119,19)¹⁴. La esperanza recuerda al hom-

¹² Cf. 3S 2,3-8.

¹³ Cf. J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, (Madrid: Rialp, 2001, ed. 7), 377.

¹⁴ Ya san Isidoro de Sevilla vinculaba la esperanza al caminar. En un juego de palabras, “spes quasi est pes” (*Etym.* VIII 2,5) comparaba la esperanza

bre su condición de *peregrino*, el ‘aún no’ del futuro absoluto y plenificador. Mientras llegue la definitividad, “el hombre es realidad y realización, es tiempo y caminar”¹⁵.

4. POR EL CAMINO DE LA ESPERANZA

Esta situación del hombre peregrino se expresa en *Subida* con una sinfonía de imágenes en constante movimiento. El itinerario espiritual y el camino temporal se identifican, tienen una única dirección: “llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, cual se puede en esta vida” (Pról 1).

Con naturalidad y mucha frecuencia, para señalar el límite de la condición humana en el tiempo, Juan de la Cruz aclara: *en esta vida*, o *en este estado de vida*¹⁶. Así distingue también: vida temporal o vida mortal¹⁷, esta vida presente o vida corporal, “tela de la vida mortal” (LB 1,1), “vida de carne” vs “vida verdadera espiritual de Dios” (CB 8,3); vida eterna, la otra vida o “camino de la vida eterna” (3S 18,2,3); “senda de la vida eterna” (CB 1,1); “caminar a vida eterna” (CB 39,8); “aquella vida beatífica” (CB 39,14), entre otras.

La vida como itinerancia o peregrinación se refleja principalmente en *la noche* como *proceso* o *tránsito*, y en la constelación de símbolos que surgen en torno a ella, y que expresan progresividad y linealidad: como la *salida* (cf. 2N 22,1); el *camino* (cf. Pról. S,7)¹⁸; la *senda*

con el pie. Esta idea ha sido retomada por la antropología contemporánea, sobre todo por G. Marcel. El hombre, un ser siempre en camino, encuentra en la peregrinación el modo de responder a los diversos interrogantes que se va planteando a lo largo de su existencia. Véase G. MARCEL, *Homo viator*, (París: Aubier-Montaigne, 1944), 41-44; J. R. FLECHA ANDRÉS, *Vida cristiana, vida teologal. Para una moral de la virtud*, (Salamanca: Secretariado Trinitario, 2002), 106-107; Íd., *La esperanza*, 25-27.

¹⁵ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, 485.

¹⁶ Cf. 3S 12,1.

¹⁷ Cf. 2S 9,3; 24,2; P 9,2.

¹⁸ La metáfora del camino tiene así mismo múltiples aplicaciones: camino de la virtud, de la unión, de contemplación; el camino que se lleva y que conviene llevar; camino de la noche oscura de purgación espiritual, camino y subi-

(cf. 2S 7,3); la *vía* (cf. 1N 14,1). Otros expresan la interiorización del proceso: el *entrar* (cf. 1N 11,4); la *puerta* (cf. 2N 11,4), o la ascensión o elevación: la *subida* (cf. 2S 8,7); el *monte* (cf. 1S 5,7); la *cumbre* (cf. Argumento, Pról. S), la *escala* (cf. 2N 18,5); el *vuelo* (cf. 2N 20,1)¹⁹. De igual modo se manifiesta la conciencia de estar en camino con verbos como: subir, pasar, llegar, entrar, quedarse, caminar, andar, dejarse llevar, andar a paso de niño, ‘ir por su pie’, pasar adelante, volver atrás, quedarse, guiar.

Como lexema lumínico positivo opuesto al símbolo *noche*, está el *día*. En sentido metafórico y de raigambre bíblica, con este término designa san Juan de la Cruz el *día de la bienaventuranza eterna*, sin límites de tiempo, cuando al alma le “amanezca en la otra vida el día de la clara visión de Dios” (2S 16, 15); el día de *la transformación y unión* con Dios hacia el cual se encamina el alma en la noche de la fe. Dios es *día*, Dios es *luz*, Dios es *bienaventuranza*; las almas que ya han entrado en la gloria son día, mientras para las que caminan en la Iglesia militante aún es de noche²⁰.

En la estructura simbólica de la noche es importante esta contraposición, porque en definitiva el devenir nocturno tiene como meta: el día que es Dios, el día de la unión y transformación en Él por amor, y el día de la clara visión, de la cual la unión mística es una anticipación escatológica. Todo este proceso y tránsito, que san Juan de la Cruz ha querido designar con el símbolo de la noche²¹, es el que realiza la esperanza mediante un ejercicio teologal que es a un tiempo purificativo, unitivo y dispositivo a la gloria.

da para Dios, camino espiritual, de perfección, de la fe, de humildad, de eternidad; camino de la soledad y desnudez, camino para venir a todo bien espiritual, camino para la vida eterna, camino de la verdad del espíritu. Y como Icono supremo: Cristo camino y el camino de Cristo (cf. 2S 7,9-11).

¹⁹ Cf. M. J. MANCHO DUQUE, *El símbolo de la noche en San Juan de la Cruz. Estudio Léxico-Semántico*, (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982), 61-114; Íd., “Creación poética y componente simbólico en la obra de San Juan de la Cruz” en *Monte Carmelo*, 98 (1990), 299-300.

²⁰ Cf. 2S 3,5.

²¹ Cf. M. J. MANCHO DUQUE, *El símbolo de la noche en San Juan de la Cruz*, 171-174.

5. LA PURIFICACIÓN COMO ‘HACERSE CAPACIDAD’

Hemos dicho al comienzo de nuestra exposición que, en cuestión de fe, amor y esperanza, Dios nos ha ‘primereado’. Él es el primer esperante, y el poema de la noche ya nos lo deja ver con su dinamismo de búsqueda: “En una noche oscura [...] salí [...] *a donde me esperaba quien yo bien me sabía*” (Estrofas 1 y 4). Hay dos polos, y entre ellos se desenvuelve el proceso: la criatura con sus imperfecciones o con todo aquello que le impide la unión y, al otro extremo, el mismo Dios. La referencia de san Juan de la Cruz a que el alma para alcanzar la unión con Dios debe llevar ‘las vestiduras mudadas’ (cf. 1S 5,7) representa simbólicamente todo este proceso de transformación y divinización que se realiza en el transcurso del camino místico: el paso del *hombre viejo* al *hombre nuevo* paulino, o el renacimiento espiritual joánico: un nuevo modo de existencia (el estado de unión), verificado al final del itinerario, que anticipa el triunfo de la Gloria en nuestra vida temporal²².

Pero antes hay que aventurarse por un camino de pura receptividad, en “vacío y renunciación de todo”²³, reconociendo los estrechos límites de nuestra ‘habilidad natural’²⁴ para conocer, poseer y amar a Dios en esta vida: “Él [Dios] está sobre el cielo y habla en camino de eternidad; nosotros, ciegos, sobre la tierra, y no entendemos sino vías de carne y tiempo” (2S 20,5). Esta disposición/disponibilidad²⁵ abre las puertas a la acción de Dios. La habilidad humana natural se libera del ejercicio de sus limitadas operaciones, se transfigura en *capacidad* para ser “ilustrada y poseída” (1S 4,1) por Dios, en “más capacidad... y más habilidad para esperar lo que se espera y, consiguientemente, más esperanza” (3S 15,1), en “capacidad para recibir el espíritu de Dios en pura transformación” (1S 5,2). Porque “cuanto más el alma desaposesione la memoria de formas y cosas memorables que no son

²² *Ibíd.*, 40-41.

²³ Cf. 3S 2,2.

²⁴ Cf. 1S 5,7; 3S 2,13.

²⁵ Cf. 3S 7,2.

Dios, tanto más pondrá la memoria en Dios y más vacía la tendrá para esperar de él el lleno de su memoria” (3S 15,1)²⁶.

Hacerse capacidad. Vaciar para permitir que las ‘profundas cavernas del sentido’ (las potencias) sientan su vacío infinito y su capacidad infinita; su deseo infinito y su esperanza infinita²⁷. Capacitarse para el deseo: porque si el apetito *esclaviza* y fractura la vida, el deseo de Dios libera, unifica, concentra. Educar la memoria por la esperanza es educar para el deseo. Transformar el apetito natural que ancla a la caducidad, en deseo teologal, y alcanzar la unificación y trasfiguración de los deseos en el deseo único de Dios. *El deseo adquiere así la talla misma de la Esperanza*. Y nos revela su dimensión de ‘desmesura’: está más allá de nuestras fuerzas y de nosotros mismos pero es la única y propia medida para llenar un corazón capaz de infinito. En lo ‘desmesurado del deseo de Dios’ constatamos la grandeza del ser humano²⁸.

Ese *deseo de Dios* es el que nos ayudará a esperar “contra toda esperanza”, a atravesar lo peor de la noche pasiva, “noche encubridora de las esperanzas de la luz del día” (2N 9,8), cuando sea puesta “la memoria en vacío y tiniebla de lo de acá y de lo de allá” (2S 6,3), la purificación que verdaderamente regenera al alma, que trueca “la memoria... en aprehensiones eternas de gloria” (2N 4,2), y las noticias y capacidad humana de recordar, en el manso y amoroso “recuerdo de Dios” en el seno del alma (cf. LB 4,7).

6. MODELOS PARA EL CAMINANTE

Dentro de este horizonte de maduración de la esperanza y vinculado a la metáfora del camino tocamos, desde el comienzo de *Subida*, los cimientos de la vida teologal: Cristo, revelación definitiva del Padre, cumplimiento de las promesas, fundamento de la esperanza; Cristo camino y primer caminante. Cristo, “Hermano, Compañero y

²⁶ Cf. LB 3, 68.

²⁷ Cf. LB 3,22.

²⁸ Cf. X. QUINZÁ LLEÓ, *La cultura del deseo y la seducción de Dios*, Cuadernos Fe y Secularidad, 24, (Bilbao: Sal Terrae, 1993).

Maestro, Precio y Premio” (2S 22,5). Con la consiguiente exigencia de redireccionar y concentrar la mirada en Él, en un camino de seguimiento e imitación²⁹. Habíamos comenzado la exposición recordando, en unos versos de Péguy, cómo Dios se nos ha adelantado. Ha confiado en nosotros, nos ha entregado al Hijo.

Esta mirada de la esperanza *desde la ladera de Dios*, que nos regalan los versos de Ch. Péguy, nos ayudará también a entender el proceso ‘activo’ de maduración teologal desde el corazón de Dios que espera nuestro ‘vacío’ para llenarnos de sí: “Extraña inversión, extraño vuelco, es el mundo al revés”, dice el poeta. “Todos los sentimientos que debemos tener para con Dios, Dios ha comenzado por tenerlos para con nosotros. [...] Inversión de la creación, la creación al revés. El Creador depende ahora de su criatura”, pues el que *es todo* y *puede todo*, “depende, aguarda, espera” del que *no es nada ni puede nada* “el coronamiento o descoronamiento de una esperanza suya”³⁰.

“Hay que decirlo todo, es increíble [...] depende de nosotros que la esperanza no mienta en el mundo. [...] hay que decirlo, depende de nosotros que lo *más* no carezca de lo *menos*, [...] que lo infinitamente *todo* no carezca de lo infinitamente *nada*. Depende de nosotros que lo *infinito* no carezca de lo *finito*. Que lo *perfecto* no carezca de lo *imperfecto*. Es una apuesta, necesita de nosotros, depende de nosotros que lo *grande* no carezca de lo *pequeño*, que el *todo* no carezca de una *parte* [...] que lo *eterno* no carezca de lo *perecedero*. Necesita de nosotros (es una irrisión), depende de nosotros que el *Creador* no carezca de su *criatura* [...]. Misterio de los misterios, referente a los misterios mismos. Ha puesto en nuestras manos, en nuestras débiles manos su esperanza eterna. En nuestras manos pasajeras, en nuestras manos pecadoras. Y nosotros, nosotros pecadores, ¿no pondremos nuestra débil esperanza en sus eternas manos?”³¹.

Este es el milagro de la esperanza que comienza en Dios, nos envuelve, nos requiere, y termina en Dios como cumplimiento y coronación. Antes que nuestra, es una esperanza suya, es *su esperanza eterna*. Esta misma ‘inversión’ de la mirada nos permite hacer una lectura de los versos de SJC que acompañan el diseño de la *Subida al*

²⁹ Cf. 1S 13; 2S 7 y 22.

³⁰ CH. PÉGUY, *Los Tres Misterios*, (Madrid: Encuentro, 2008), 303-307.

³¹ *Ibíd.*, 290-297.

Monte Carmelo, recogidas en el capítulo 13 del primer libro de *Subida*. Una lectura que introduce todo nuestro ‘quehacer’ teológico ‘dentro’ de la gran esperanza de Dios. Es más que un *esfuerzo ascético* motivado por el deseo y la posesión divina. Es volver al seno paterno como hijos pródigos, es retornar al Origen con nuestra ‘necesaria pobreza’ *para colmar los deseos y las esperanzas de Dios*: que al Todo no le falte nuestra nada. Vamos a Dios por nuestra pura y humilde creaturidad. Vamos hacia Dios como realmente somos: “peregrinos, pobres, desterrados, huérfanos, secos, sin camino y sin nada, esperándolo allá todo” (Ep 19). Porque la esperanza es la virtud de los humildes, de los niños, de los pobres de corazón, que aspiran a la más grande osadía: *esperar de Dios a Dios mismo*, nada más y nada menos que Él. Las mediaciones creadas son caminos de revelación, pero pasan... la fortaleza y tozudez de la esperanza está en ‘exigirle a Dios’ que se entregue Él, del todo y para siempre.

Tal esperanza en Dios no es, en principio, ningún analgésico y ningún consuelo, nos advierte K. Rahner. Es una gran exigencia para el hombre. Lejos de dejarnos contentos, tranquilos y acomodados en nuestras evidencias y seguridades, en esa especie de ‘paraíso terrenal’ que construimos a la medida de nuestras expectativas, debemos esperar “al Dios infinito. Realmente a Él y nada más”³². Este es el fundamento y el hilo conductor de todo el proceso de purificación que la esperanza va obrando en nosotros³³.

³² K. RAHNER, “Praxis des Glaubens. Geistliches Lesebuch”, ed. por K. Lehmann y A. Raffelt, (Zürich: Herder, 1984), n. 55: 367-376. Trad. por L. A. Aguilar Sahagún, consultado agosto 2017, <http://www.iape.edu.mx/wp-content/uploads/2015/09/Karl-Rahner-Esperanza-.pdf>.

³³ En el mismo lugar dice el autor: “La esperanza cristiana hace feliz solo cuando, [...] a partir de una fuerza que ya no es la nuestra, uno se ha abandonado a Dios mismo; [...] cuando, en último término, no se pregunta ya qué es Dios para nosotros como tapaagujeros y última protección de nuestras pretensiones [...], sino que realmente se le ha aceptado incondicional y silenciosamente en el enmudecer de nuestras exigencias. Entonces y solo entonces alcanza la esperanza a Dios mismo; entonces, sin embargo, libera y beatifica; entonces la oscuridad de Dios se convierte en luz eterna; entonces, en el caso de todo lo particular y finito, se eleva Dios mismo; entonces, en esta misma muerte de toda realidad terrenal, surge la esperanza de nuevo en eterna validez, pero ahora de una manera para nosotros aquí incomprensible llena de la infinitud misma de Dios. Cuando se comprende a sí misma correctamente,

6. MARÍA, ICONO ESCATOLÓGICO DE LA IGLESIA

Y si en 1 y 2 *Subida* Cristo es el fundamento de la esperanza y el modelo a imitar, en 3 *Subida* 1-15 la imagen modélica es “la gloriosísima Virgen, Nuestra Señora”. La única referencia mariana en todo el libro la encontramos dentro de los capítulos dedicados a la esperanza teologal.

Y es muy interesante el contexto en el que aparece. Juan hace ‘un paréntesis’ en el que nos muestra ‘cómo ora y cómo obra’ el alma que ha alcanzado el hábito de la unión:

“Por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias, como ya entero señor de ellas, por la transformación de ellas en sí, él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad. [...] Y de aquí es que las obras de las tales almas sólo son las que conviene y son razonables, y no las que no convienen; porque el Espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar sin formas [o con formas] y olvidar lo que es de olvidar, y las hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es en Dios. [...] y así, las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto. Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo” (3S 2,8-10).

En tres renglones finales resume el Santo toda la teología mariana de la gracia, el fundamento de la fuerza intercesora de la Madre de Dios. Ella es signo de esperanza cierta y consuelo para el pueblo peregrino (LG 8,5). En María la Iglesia contempla la plenitud de su propio futuro y de Ella aprende a caminar en la esperanza. Leyendo en esta clave los textos de Juan, se abre también para nosotros una *mística de la esperanza*, inspirada en María, que nada tienen que ver con la inoperatividad y el desentendimiento del mundo, de los otros, de la propia responsabilidad. Una mística de la pobreza, de la humildad, del vaciamiento que engendra a Dios y nos pone en actitud de servicio.

la fe cristiana habla de esta esperanza contra toda esperanza, de la esperanza una sin límites ni condiciones que mediante Dios espera a Dios”.

Pero ¿cómo vivir la esperanza, vivir de esperanza... a la luz de la revelación y del mensaje de SJC en el discurrir de nuestra vida normal, oscura, con luchas, éxitos y fracasos? En la escuela de nuestros místicos aprendemos el camino de la oración, y la oración es la escuela de la esperanza³⁴. Ella nos enseña a superar las dos grandes tentaciones del caminante: la presunción y la desesperación, con la ayuda de otras virtudes que la acompañan en la tensión del aguardo, especialmente la pobreza, la humildad, la vigilancia y la paciencia. Todo el conjunto refleja el talante del hombre peregrino que aprende a vivir en la ‘bienaventuranza de la espera’.

7. EN LA BIENAVENTURANZA DE LA ESPERA

Juan de la Cruz tiene una propuesta concreta para el día a día de nuestra esperanza. Y la formula así:

“Siendo verdad, como lo es, que a Dios el alma antes le ha de ir conociendo por lo que no es que por lo que es, de necesidad, para ir a él ha de ir negando y no admitiendo hasta lo último que puidere negar de sus aprehensiones, así naturales como sobrenaturales. Por lo cual así lo haremos ahora en la memoria, sacándola de sus límites y quicios naturales y subiéndola sobre sí, esto es, sobre toda noticia distinta y posesión aprehensible, en suma esperanza de Dios incomprehensible” (3 S 2,3).

Junto a esta propuesta, ofrece también tres ‘respuestas’ a nuestras reticencias a la hora de emprender el camino. La primera respuesta de Juan se concentra en despejar dudas y temores. La segunda respuesta es una lista de daños y provechos que se siguen o no del ‘olvido’ de la memoria. La tercera respuesta es un modo concreto de vivir en esperanza.

Primera respuesta: dudas y debates en la escuela de la esperanza

Para ejercitar la virtud de la esperanza, lo primero que tenemos que hacer es *deponer nuestras objeciones y pretextos*. Tan lógico como el hecho de que, para alcanzar la meta, hay que creer en el cami-

³⁴ Recordemos la carta encíclica *Spe Salvi* de BENEDICTO XVI (30.11.2007), 32-34.

no. El Santo conoce muy bien este mecanismo de la psicología humana de poner ‘peros’ al despojo de nuestras ideas, gustos o seguridades. A lo largo de la Obra los irá recogiendo. Pondrá ‘letra’ a nuestros argumentos, tan razonables, justos, fundamentados y los irá desmontando, uno a uno.

En la sección que nos ocupa encontramos ocho objeciones a la propuesta de Juan. Unas afirman la destrucción del camino espiritual y de la misma naturaleza humana; otras su incapacidad o capacidad para tal vaciamiento; para unas, la privación es pérdida de tiempo y de bienes que ayudan a caminar; para otras, acarrea distracción y flojedad. Finalmente se achaca a la soberbia y autosuficiencia humana pretender ‘perder en el olvido’, despojarse de aquellas noticias naturales o sobrenaturales que posibilitan la respuesta del hombre a Dios.

Con amor de padre y paciencia de maestro, con agudeza psicológica y sabiduría espiritual, responde Juan de la Cruz de tres maneras. La primera, con argumentos contrarios a las mismas objeciones, despejando las dudas y temores que pueden anclarnos en el camino. De esta manera fundamenta:

- *La oportunidad* del cambio de pedagogía que requiere esta nueva etapa del camino: habla para los que han pasado de principiantes a estado de contemplación. Para pasar adelante, hay que ir ‘más allá’ de las noticias y aprehensiones de la memoria (3S 2,2)
- *La necesidad*: para que no le “entren males y distracciones, ni otras impertinencias ni vicios por vagueación de la memoria” (3S 3,5),
- *Y la actitud del alma*: “El bien que redunde en el alma de las aprehensiones sobrenaturales, cuando son de buena parte, pasivamente se obra en el alma en aquel mismo instante que se representan al sentido, sin que las potencias de suyo hagan alguna operación..., así pasivamente se ha de haber en ellas el alma sin poner sus acciones interiores o exteriores en nada” (3S 13,3); “sólo advertir en tener el amor de Dios que interiormente le causan...Y para solo este efecto bien podrá algunas veces acordarse... para poner el espíritu en motivo de amor” (3S 13,6). Y con respecto a las noticias espirituales, sin imagen ni forma (creadas e increadas) dice: “Mas de las increadas digo que se procure acordar las veces que

podiere, porque le harán grande efecto... son toques y sentimientos de unión de Dios, que es donde vamos encaminando al alma (3S 14,2).

Segunda respuesta: elenco de daños y provechos

Podemos encontrar una segunda respuesta en el elenco de daños y provechos que ofrece para cada una de las aprehensiones o noticias de la memoria. Sin detenernos a analizar cada bloque, vamos a agrupar los ‘malos síntomas’ de esta ‘mala gestión’ de los recuerdos y, por contrapartida, los bienes y el provecho que comporta lo contrario.

Hay una primera clave interpretativa, que amplía el horizonte de comprensión y aplicación de los consejos sanjuanistas. Y que el Santo enuncia antes de comenzar ‘el listado’: estos son los daños que sufre el alma que “todavía quiere usar de las noticias y discursos naturales de la memoria para ir a Dios o para otra cosa” (3S 3,1).

Ese ‘para otra cosa’ es lo que generalmente se nos olvida. Sin embargo, esas tres palabras nos están recordando que el talante del hombre que vive de esperanza *no se ciñe al ejercicio teologal de la oración*, sino que requiere toda nuestra vida, se pone en juego en ‘*cualquier otra cosa*’ de la vida real. Nuestra ‘manera de recordar’ es nuestra manera de *ser, estar y actuar* en todos los ámbitos de relación que nos constituyen: con lo otro, los otros y el absolutamente Otro. De aquí la actualidad y vigencia del mensaje sanjuanista. Desde una ‘lectura evangélica y teresiana’, podríamos decir: así como el amor a Dios se concreta y discierne en el amor al prójimo, de igual modo la esperanza cristiana madura y actúa en esta triple relación, teniendo como signo de autenticidad la verificación de la caridad. Sólo es auténtica la esperanza cristiana que espera en los otros, con los otros, para los otros y por los otros. Se verá claramente, en los mismos ejemplos que el Santo nos ofrece, cómo todo repercute directamente en las relaciones humanas y en la comunidad. Este es el elenco de daños³⁵:

* Falsedades, confusión y engaño³⁶. * Imperfecciones, y “a veces buenos pecados veniales” (3,3)³⁷. * Presunción y

³⁵ Cf. 3S 7,1.

³⁶ Cf. *Ibíd.* 4,2; 8,1.

vanidad³⁸. * Apetitos³⁹. * Juicios⁴⁰. * Pérdida de tiempo y distracción⁴¹. * Vicios capitales⁴². * Impidiendo el bien moral⁴³. * Privación del bien espiritual⁴⁴.

El cuadro es realmente ‘estremecedor’. La primera respuesta que da Juan a sus discípulos lleva la fuerza de la racionalidad, esa argumentación convincente que lo desmonta todo... Pero ahora, en esta segunda respuesta, ha pintado un cuadro delante de nuestros ojos. F. Ruiz actualiza la imagen de esta forma:

“En el recuerdo la memoria actúa con apetito de propiedad y fijación. Quieren retener, hacer presa, revivir, rumiar. Hay temperamentos que fomentan con preferencia el recuerdo de amarguras pasadas, ofensas recibidas y errores cometidos. No acaban de reconocer ni de perdonar. Otros son más vulnerables a la nostalgia dulce y a la vanidad. No son capaces de filtrar las dulzuras y amarguras del pasado. Las reviven en la memoria con carga emotiva cada vez más fuerte, obsesiva y febril. Paralizan y vacían el presente, hinchándolo de irrealidad”⁴⁵.

Todas estas miserias, como posibilidades del ser para la libertad humana, son tentaciones contra la esperanza cristiana. Y se resuelven en dos: la *presunción*, que anticipa la plenitud, y la *desesperación*, que anticipa el fracaso definitivo⁴⁶.

³⁷ Cf. *Ibíd.* 4,3.

³⁸ Cf. *Ibíd.* 9,1.

³⁹ Cf. *Ibíd.* 4,3; 10,2.

⁴⁰ “No puede dejar de tropezar con la memoria en males y bienes ajenos” (3S 4,3). Y “juzga de Dios bajamente” (*ibíd.* 8,1).

⁴¹ Cf. *Ibíd.* 4,2.

⁴² Cf. *Ibíd.* 4,1.

⁴³ Cf. *Ibíd.* 5,1.

⁴⁴ Cf. *Ibíd.* 5,3; 11,1-2.

⁴⁵ F. RUIZ, *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*, (Madrid: EDE, 2006, ed. 2), 273.

⁴⁶ Ambas anticipaciones “destruyen el caminar característico de la existencia humana en el status viatoris. Ambas suprimen el auténtico hacerse, el ‘aún no’ de la plenitud queda entendido [...] como ‘no’ o como ‘ya’. [...] se petrifica y congela lo propiamente humano, que sólo la esperanza puede mantener en fluidez viva. Ambas formas de falta de esperanza son, en sentido auténtico, no humanas, mortales”, J. PIEPER, 378.

La presunción y la desesperación no siempre se manifiestan en sus formas extremas, son más bien *raíces* de un sin fin de concreciones. Porque el desafío a la esperanza cristiana tiene múltiples caras: la vanagloria, la soberbia, el optimismo ingenuo o despreocupado, el apego a las realizaciones y bienes terrenos o a dones espirituales y sobrenaturales, la impaciencia, la supresión de la vigilancia, la tristeza, la agresividad, la desconfianza (tanto en Dios como en los otros), la acedia, la renuncia al compromiso o la actitud egoísta del que sólo espera por y para sí. Juan de la Cruz las engloba en daños ‘positivos y privativos’. Los primeros se manifiestan en la atadura a valores caducos, en la perversión del sentido evangélico, en la instalación presuntuosa en el camino que mina la tensión de la esperanza. Los segundos, en que obstaculizan la maduración de la vida teológica, la trasfiguración interior. Todos demoran la itinerancia, o impiden el ‘auténtico hacerse’ de nuestra condición, que sólo la esperanza mantiene en continua fluidez. Se obstaculiza así el progreso espiritual, la unión con Dios que se va tejiendo en esta vida y es camino para el cielo⁴⁷.

Desde esta clave hay que releer aquellos ejemplos de la vida cotidiana que ofrece el Santo para que podamos constatar, con realismo, cómo la obra de la esperanza en la memoria engloba todo el ser y las relaciones. Y cómo los consejos que nos da se ajustan a nuestra vida real, operativa en el mundo, no evasiva de él⁴⁸.

Confusión y engaño, distracción y turbación de ánimo (que consume energías, y desconcentra de la meta); soberbia y propia estimación, juicios y desestimación del prójimo y de sus cosas... dejan a la intemperie el mecanismo viciado del recuerdo en una conciencia que quiere dominar, poseer, y autopoerse. Una conciencia que, controlando su pasado y gestionando su futuro, pretende descansar segura en la posesión de su historia y sus proyectos. Aquí debe actuar la esperanza teológica, con su dinamismo de vacío y desposesión. Su progresivo influjo sanador y unitivo se verá en los frutos o provechos:

* Tranquilidad, paz del ánimo. * Pureza de conciencia y de alma. * Disposición para las virtudes. * Disposición para la

⁴⁷ Cf. 1S 12,2-3.

⁴⁸ Cf. 3S 5,2; 9,2.

sabiduría humana y divina⁴⁹; para ser movida del Espíritu Santo y enseñada por él⁵⁰ (como María). * Se libra de muchas sugerencias y tentaciones⁵¹. * Acierto en el juicio y en las obras⁵². * Luz, amor, deleite y renovación espiritual⁵³. * Concentración de tiempo y caudal del alma en Dios⁵⁴.

Tercera respuesta: el camino a seguir

En esta sección queremos recoger de modo sintético, tal como SJC expresa al finalizar el bloque dedicado a la esperanza, “el modo general cómo se ha de gobernar el espiritual acerca de este sentido”. La propuesta sanjuanista será la misma para todo tipo de noticias, sean las que sean. No importa tanto desmenuzarlas como entender que no hay excusas: es un proceso y dinamismo global, lo incluye todo. Consignas claras y radicales, pero sin agobiar al alma, sino como el que ‘procura’, el que tiene ‘cautela ordinaria’, con suavidad, con afecto amoroso en Dios:

“Lo que ha de hacer, pues, *para vivir en entera y pura esperanza de Dios*, es que todas las veces que le ocurrieren noticias, formas e imágenes distintas, sin haber asiento en ellas, vuelva luego el alma a Dios en vacío de todo aquello memorable con afecto amoroso, no pensando ni mirando en aquellas cosas más de lo que le bastan las memorias de ellas para entender [y hacer] lo que es obligado, si ellas fueren de cosa tal. Y esto, sin poner (en ellas) afecto ni gusto, porque no dejen efecto de sí en el alma. Y así, no ha de dejar el hombre de pensar y acordarse de lo que debe hacer y saber, que, como no hay aficiones de propiedad, no le harán daño” (3S 15,1).

a. Por el camino del olvido

Se convierte en necesidad imperiosa “ir negando y no admitiendo”⁵⁵. Dejar en el olvido todo lo que entre por los sentidos, en

⁴⁹ Cf. *Ibíd.* 6,1.

⁵⁰ Cf. *Ibíd.* 6,3.

⁵¹ Cf. *Ibíd.* 6,2.

⁵² Cf. *Ibíd.* 6,3.

⁵³ Cf. *Ibíd.* 14,2; 1S 13,8.

⁵⁴ Cf. 3S 13,1.

⁵⁵ Cf. *Ibíd.* 2,3; 3,4.

libertad, sin embarazo, sin atarse a consideración de arriba ni de abajo, perdiendo de vista las operaciones de las potencias, procurando con eficacia ‘no acordarse’, dejando “libremente perder en olvido” la memoria (3S 2,14), para no estorbar la obra de Dios. La memoria tiene que ‘desnudarse’, ‘vaciar’, ‘quedar calva y rasa’, ‘olvidada y suspendida’, porque Dios “no cae debajo de forma ni noticia alguna distinta”, y porque la capacidad natural de la memoria no puede llegar a tanto como es ‘la divina unión’.

Silencio, mudez... pero con el oído atento a Dios para escucharle en la soledad. Recogimiento interior, cerradas las puertas a toda comprensión y deseo de comprender⁵⁶, sin querer saber, ni juzgar⁵⁷, sin posesividad, con libertad frente a todo lo que puedan ‘aprehender’ las potencias⁵⁸, sin ansiedades, ni temores, esperando la llegada del Esposo en oración y pobreza, poniendo “el espíritu en motivo de amor” (3S 13,6), con humildad y desprecio de sí, y recordando que “el menor acto de fe viva y esperanza que se hace en vacío y renunciación de todo” (ibíd. 8,5)⁵⁹ aprovecha más al amor de Dios que cualquier visión, noticia o sentimiento⁶⁰.

b) Del vacío a la plenitud de una presencia

El fundamento bíblico de la purificación de las potencias por las virtudes teologales lo encuentra Juan de la Cruz en el primer y segundo mandamiento. El amor que purifica la voluntad y sus apetencias desordenadas brota de la exigencia del primer mandamiento y a él conduce: “Escucha Israel: Yavé es nuestro Dios. Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser...” (Dt 6,4-5). Por su parte la fe y la esperanza de ‘sólo Dios’ quedan expresadas y orientadas en las exigencias del segundo mandamiento: “No te harás imagen de escultura, ni figura alguna de cuanto hay arriba, en los cielos, ni abajo, sobre la tierra, ni de cuanto hay en las aguas, debajo de la tierra...” (Dt 5,8). A este último sentido más bien negativo o

⁵⁶ Cf. Ibíd. 4,1.

⁵⁷ Cf. Ibíd. 8,5.

⁵⁸ Cf. Ibíd. 3,5.

⁵⁹ Cf. Ibíd. 9,3-4.

⁶⁰ Cf. Ibíd. 13,9.

‘privativo’, hay que añadir, inseparablemente, el sentido del *aguardo*, la espera de Aquel que llegará para ocuparlo todo, para llenarlo todo, para regalarse Todo... Para llenar el vacío, dar luz y paz, para hablar al corazón, para ‘recordar’ su presencia de amor en el centro del alma:

“Estése, pues, cerrado sin cuidado y pena, que el que entró a sus discípulos corporalmente, las puertas cerradas, y les dio paz sin ellos saber ni pensar que aquello podía ser, ni el cómo podía ser (Jn 20,19-20), entrará espiritualmente en el alma sin que ella sepa ni obre el cómo, teniendo ella las puertas de las potencias, memoria entendimiento y voluntad, cerradas a todas las aprehensiones, y se las llenará de paz, declinando sobre ella, como el profeta dice (Is 48,18), como un río de paz, en que la quitará todos los recelos y sospechas, turbación y tiniebla que le hacían temer que estaba o que iba perdida. No pierda [el] cuidado de orar y espere en desnudez y vacío, que no tardará su bien” (3S 3,6).

Juan de la Cruz nos ha ofrecido tres respuestas. Pero la respuesta sanadora sólo viene de Dios: “Aunque en algún tiempo no se sienta el provecho de esta suspensión de noticias y formas, no por eso se ha de cansar el espiritual; que no dejará Dios de acudir a su tiempo. Y por un bien tan grande, mucho conviene pasar y sufrir con paciencia y esperanza” (ibíd. 2,15). Aguardar con paciencia el tiempo de Dios. Aceptar ‘la lentitud’ del progreso personal, aceptar que somos camino, proceso.

El camino teologal de la esperanza va de la desposesión de toda mediación a la posesión en esperanza; del olvido al recuerdo; del silencio a la palabra; del vacío a la llenura; de las imágenes a la presencia de Dios. El caminante deja atrás todo, en constante desapego. Vive el exilio, la extranjería, la foraneidad, el extrañamiento, la soledad. Está de paso, en tránsito permanente, por eso mira siempre ‘lo último’ y sabe relativizar ‘lo penúltimo’. Junto al caminar aparece su antónimo, el errar, el andar extraviado, el vagabundear, que es como haber perdido el horizonte y la meta. Y con ello la pérdida de energías y tiempo, con riesgo de retroceder al punto de partida o quedar varados en el camino. Vivir es la bienaventuranza de la espera es vivir con ‘la energía concentrada’ y no dispersa, con la memoria centrada, y no errante; es vivir con responsabilidad ‘el tiempo y el caudal’ que se nos ha dado.

c. *La 'niña esperanza' entre el tiempo y la eternidad*

Volviendo al comienzo de la exposición nos preguntamos: ¿cómo interpretar este proceso de 'renacimiento' en la esperanza desde 'la otra ladera'? Nos ayudarán las metáforas y versos, llenos de hondura y belleza, que Ch. Péguy dedica a la esperanza⁶¹. Especialmente tres imágenes con las que representa a la segunda virtud: la *niña*, el *camino* y la *noche*.

La imagen de la niña

Charles Péguy pone en boca del mismo Dios una sincera admiración ante la niña esperanza: creativa, libre, alegre. Camina por el mundo de la mano de sus dos hermanas mayores, la fe y la caridad. Estas dos hermanas, parecen más que autorizadas para guiar a la pequeña. Y, sin embargo, el mismo Dios afirma que es la niña la que conduce a sus dos hermanas mayores:

“Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza. [...] La Fe es una esposa fiel. La Caridad es una madre. Una madre ardiente, toda corazón. O una hermana mayor que es como una madre. Y la Esperanza es una niña de nada [...]. Por el camino ascendente, arenoso, difícil [...] arrastrada, colgada de los brazos de sus dos hermanas mayores, que la llevan de la mano, la pequeña esperanza avanza. Y en medio de sus dos hermanas mayores aparenta dejarse arrastrar. Como una niña que no tuviera fuerza para andar y a la que se arrastraría por esa senda a pesar suyo. Y en realidad es ella la que hace andar a las otras dos. Y las arrastra. Y hace andar a todo el mundo. Y lo arrastra. Porque solo se trabaja por los niños. Y las dos grandes no andan sino por la pequeña”⁶².

Frente a sus dos hermanas adultas, la fe y la caridad, la esperanza es una virtud esencial y eternamente niña. Y por eso, para compren-

⁶¹ Una presentación de la experiencia y pensamiento del filósofo, poeta y ensayista francés puede verse en CH. MOELLER, *Literatura del Siglo XX y cristianismo. La esperanza en Dios nuestro Padre*, (Madrid: Gredos, 1960) vol. 4, 559-642. Cf. C. I. AVENATTI DE PALUMBO, “La dimensión existencial de la esperanza en un poema de Charles Péguy”, en *Teología*, 77 (2001/1), 67-77.

⁶² CH. PÉGUY, *Los Tres Misterios*, 237-238.

derla y para vivirla, hay que hacerse niños. La esperanza, como los niños, vive la existencia con el gozo de la gratuidad, con la frescura de la novedad. Sin pesadumbre por el pasado, sin obsesión por el futuro, su gozo está en descubrir la eternidad en el tiempo, la plenitud del tiempo presente, el 'ya' de la salvación. Así como los niños no escatiman los pasos, y su gozo está en ir y venir, ella es tenaz en su camino, pero vive día a día, paso a paso. Se acuesta por las noches después de rezar sus oraciones y por la mañana se levanta siempre nueva, siempre niña. La esperanza es como los niños inocentes, que "no tienen en la comisura de los labios ese pliegue de ingratitud y de amargura, esa herida de envejecimiento, ese pliegue de advertencia, ese pliegue de memoria que vemos en todos los labios"⁶³. Ni la soberbia y prepotencia de la sabiduría de este mundo, con sus codicias⁶⁴. Frente a este mundo envejecido, que se ufana de sus experiencias y se aferra a ellas idolátricamente, la inocencia de la infancia es llenura, ganancia, juventud, fe, sabiduría.

La imagen del camino

A la imagen de la niña, va unida la imagen del camino. Según Charles Péguy, la esperanza es como los niños que nunca se cansan de caminar, van por delante, corren y saltan, disfrutan del paseo en el presente sin preocuparse del después ni del mañana:

"Mirad a esa pequeña, dice Dios, cómo camina. [...] Y está tan segura de no cansarse jamás". Ella es como los niños, que son capaces de hacer veinte veces el camino, tienen hambre y sed del camino y nunca tienen bastante. Como los niños, que "son más fuertes que el camino... más fuertes que la fatiga. Nunca tienen bastante (así es la

⁶³ *Ibíd.*, 483.

⁶⁴ "Lo que vosotros llamáis experiencia Yo lo llamo desgaste y disminución y pérdida de la esperanza. Yo lo llamo desgaste pretencioso y pérdida de la inocencia, una constante degradación. Porque es la inocencia la que está llena y la experiencia la que está vacía, la inocencia quien gana y la experiencia quien pierde, la inocencia la que es joven y la experiencia la que es vieja, la inocencia la que cree y la experiencia la que es una descreída, la inocencia es la que sabe y la experiencia la que ignora. El niño es el que está lleno y el hombre el que está vacío... ¡Eso es lo que pienso Yo de vuestra experiencia!, dice Dios", CH. PÉGUY, *Palabras cristianas*, 71.

esperanza). Corren más rápido que el camino. No van, no corren por llegar. Llegan por correr. Llegan por ir. Así es la esperanza”⁶⁵.

La esperanza no escatima sus pasos ni tampoco los nuestros: “Nos hace volver a empezar veinte veces la misma cosa. Nos hace ir veinte veces al mismo sitio... No calcula como nosotros”. Cree que somos niños como ella, no nos ahorra pasos ni penas, cree que (como ella) tenemos toda la vida por delante. Y en realidad es verdad, ¡tenemos la Vida eterna por delante! “Lo que importa es el camino y qué camino se hace, y al ser hecho, cómo se hace. Lo que importa es el trayecto”⁶⁶.

La imagen de la noche

La esperanza se parece también a los niños que duermen confiados en los brazos de su madre, que saben descansar y reposar, entregarse y dejar. Para vivir la esperanza hay que aprender a dormir, a callar, a ‘no hacer nada’, a olvidar. Por eso a Dios no le gustan aquellos que se acuestan y no duermen por las preocupaciones, que están siempre inquietos, en tensión, con la cabeza llena de ideas que dan vueltas como las semillas dentro de una calabaza vacía. “El que no duerme de preocupaciones es infiel a la esperanza, y esta es la peor infidelidad”⁶⁷. Desdichado el que vela, dice Dios, y desconfía de mí, y arrastra por las tardes y en las noches “los lentos recuerdos de las preocupaciones cotidianas. Los cocimientos. Las mordeduras. Las huellas sucias de las preocupaciones, de las amarguras y de las inquietudes”⁶⁸. Son como huellas de babosa sobre las flores de la noche. Y eso ofende a la esperanza”⁶⁹.

⁶⁵ CH. PÉGUY, *Los Tres Misterios*, 336-337.

⁶⁶ *Ibíd.*, 338-340.

⁶⁷ *Íd.*, *Palabras cristianas*, 83.

⁶⁸ *Íd.*, *Los Tres Misterios*, 348.

⁶⁹ “Tampoco me gustan los beatos. Los que, como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la Gracia. Los que creen que están en lo eterno porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que como no están con el hombre creen que están con Dios. Los que se creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie”, *Íd.*, *Palabras cristianas*, 98.

Y de aquí nace también en Péguy el elogio de la noche, cuna de la esperanza. Nos recuerda tanto el *exultet* pascual como la noche sanjuanista:

“Oh noche, mi más bella invención... Mi más bella criatura. Criatura de la más grande Esperanza... Que eres el instrumento, que eres la materia misma y la residencia de la Esperanza. [...] Porque tu acunas a toda la Creación en un sueño reparador. [...] Noche tú eres la única que cura las heridas. Los corazones doloridos. Dislocados. Desmembrados. Oh hija mía de los ojos negros, la única de mis hijas que eres, que puedes llamarte mi cómplice [...] Juntos hacemos caer al hombre en la trampa de mis brazos y lo tomamos un poco por sorpresa. [...] Oh noche, oh hija mía la Noche, tú que sabes callarte [...] tú que viertes el reposo y el olvido. Tú que viertes el bálsamo, y el silencio, y la sombra. Oh noche mía estrellada yo te he creado la primera”⁷⁰.

Pero la niña esperanza no es una ilusa, no es una necia, ella es humana y divina, plenamente tierra y plenamente gracia. Por eso Dios se admira de su niña. A ella le ha confiado ‘un ministerio’⁷¹, el del ‘renacimiento’, el del ‘retorno al origen’, el de convertir el agua mala, sosa, sucia y envejecida, en agua pura, en manantial eterno. ¿Cómo es posible que la fuente de la esperanza corra eternamente joven, pura, viva, fresca? ¿De qué manantial saca agua tan clara y pura la esperanza, si sólo Dios es el creador? Y Dios responde: “Si fuese con el agua pura con la que ella quisiera hacer manantiales puros... nunca encontraría suficientes, en toda mi creación. [...] Pero ella justamente hace sus fuentes de agua pura con las aguas malas. Y eso nunca le falta. Pero también por eso es ella la Esperanza”⁷².

Conclusión

San Juan de la Cruz nos propone, en *Subida del Monte Carmelo*, un camino teológico de purificación de la memoria por la esperanza que, en su empeño activo de sanación del ‘acto de recordar’, abraza y transforma toda la vida y todas las relaciones. Pero esta doctrina sólo

⁷⁰ Íd., *Los Tres Misterios*, 353-354.

⁷¹ Cf. Íbíd., 329.

⁷² Íbíd., 330.

se aprecia enmarcada dentro de la doctrina total del Santo, y en diálogo con los fundamentos de una teología actual de la esperanza. Desgajada de este horizonte, queda en penumbras la fuerza unitiva y transformante de la segunda virtud. Por eso hemos intentado releer el pensamiento de Juan de la Cruz en diálogo con algunas notas esenciales de teología de la esperanza que, desde una pequeña porción de su obra (3S 1-15) nos mostrara la riqueza, la urgencia y la necesidad del ejercicio teologal que se nos propone.

Nos hemos trasladado, desde el principio, a ‘la otra ladera’: la esperanza de Dios en el hombre, fundamento del esperar humano. Hemos hecho una presentación doctrinal de 3S 1-15: intención del autor, tarea de la esperanza en la memoria y necesidad de su purificación; clasificación de sus aprehensiones, daños y provechos de la negación; camino para vivir “en entera y pura esperanza de Dios” (3S 15,1) teniendo como criterio de verificación la esperanza en el hermano que obra por la caridad. Y hemos trazado el camino de la esperanza en esta obra de SJC: un camino que va de la desposesión, el vacío, el olvido, el silencio a la posesión, la llenura y la palabra. De un camino en el que estamos dispersos y erráticos, a un camino donde las energías se concentran y el deseo de Dios se potencia y orienta el caminar.

A través de la palabra poética de Péguy, hemos recogido la imagen del tiempo y del camino, del sueño, la infancia, la inocencia y el olvido; de la noche, la confianza y la fuente. La esperanza condensa todo el dinamismo teologal y se convierte, en su fortaleza y pequeñez, en su humildad, pobreza y paciencia, en niña que duerme, en noche que ampara, en sueño de entrega, en llama que arde sin consumirse, en fuente de renacimiento, en ‘guía’ y en ‘camino’ hacia la unión con Dios.

“Lo que me asombra, dice Dios, es la esperanza [...]. Esta pequeña esperanza que parece una cosita de nada, [...] ella sola, y llevando consigo a las otras dos virtudes, ella es la que atravesará los mundos llenos de obstáculos. Como la estrella condujo a los tres Reyes Magos desde los confines del Oriente, hacia la cuna de mi Hijo, así una llama temblorosa, la esperanza, ella sola, guiará a las virtudes y a los mundos, una llama romperá las eternas tinieblas”⁷³.

⁷³ Íd., *Palabras cristianas*, 26-28.